modo saldrían perdiendo ambos y jamás lo aceptarían. En el fondo, ni la propia Tina lo desea ya así. Puesto que después de esta aventura en el puerto ha quedado destruida la fama de su honestidad, prefiere en su sinceridad con ella misma que lo que ha de suceder, suceda... Salvo que la tragedia se perfila inevitable y quién sabe hasta dónde los lleve el desenlace de una situación tan absurdamente patética.

Ellos se injurian a medida que, con las manos en el mango de los cuchillos, se van acercando el uno al otro. Pero ninguno de los dos se anticipa a sacar el arma.

De pronto, los ojos de Nicho empiezan a brillar de un modo siniestro. Parado sobre el asiento, Antimo apoya un pie en éste y otro en la borda. Es una posición inestable y cualquier empujón súbito bastaría para hacerle perder el equilibrio.

Su rival no se toma mucho tiempo en cavilarlo. No es la ocasión para detenerse frente a escrúpulos menores. Y le acomete de pronto, mientras masculla una injuria soez.

Perdida su precaria estabilidad, Antimo se balancea un instante sobre la borda. Luego pierde pie y resbala al agua... Pero en su caída logra alcanzar la pernera del pantalón de su enemigo y se aferra furiosamente a ella arrastrándolo con él. El mar los recibe con una fiesta de espumas.

Como la vela hinchada por el viento hace navegar a la embarcación con cierta celeridad, pronto se quedan atrás.

La Tina sólo acierta a pensar estúpidamente que, por lo menos, no hubo sangre como lo temía. Pero, angustiada e histérica, no alcanza a reaccionar a tiempo. Y cuando quiere hacer algo por detener a la barca y prestar un imposible auxilio, ya el breve batir del agua donde cayeron se aquieta y confunde en la distancia. El océano es sólo una inmensa mancha negra sin puntos de referencia bajo la luz plateada de la luna.

Más allá del horizonte, de la canoa a la deriva, enloquecida por el miedo, la sed y el hambre, a la Tina la rescató tres días después un barcucho que navegaba de Manzanillo a Ensenada. Nunca volvió a su ciudad natal. Deseaba expiar su culpa en la tragedia de los dos pescadores y, aunque era virgen aún, no encontró mejor lugar para hacerlo que la sordidez de un prostíbulo.

EL PLAN

El hombre ha hecho más por detener el progreso que por impulsarlo... Pero en vano.

Cuando en la ranchería de Paricutín surgió el volcán, era yo maestro de escuela en el cercano pueblo de San Juan Parangaricutiro.

Fue un suceso de mucha resonancia y no pude evitar que al principio me poseyera el mismo desconcierto que a los demás. Me revolví, emocionado, con las caravanas de gente de todos los confines que acudían a presenciar el fenómeno, y sentí envidia de los vecinos de mi pueblo que se aprovechaban de aquel cataclismo instalando vendimias en las cuales hacían muy buen negocio con los excursionistas. En sus comienzos, aquello tomó el aspecto de una feria ruidosa, pintoresca y desordenada que nadie había sabido sospechar.

Pero una vez que el entusiasmo se fue enfriando un poco, caímos en la cuenta de que el acontecimiento iba a alterar profundamente el modo de vida que llevábamos y que tal vez hasta amenazara la existencia misma de la población.

Me considero fácil de conformar; y acepté el suceso disponiéndome a afrontarlo del mejor modo posible. No logré de pronto imaginar que en mi pueblo vivieran personas tan testarudas como las que después vería luchar allí contra lo irremediable.

Dado que la lava que escurría por la boca del volcán, luego de levantar un montículo cónico, empezó a formar una especie de negro y ancho glaciar de piedra calcinada y humeante que en paulatino pero implacable avance iba sepultándolo todo a su paso, no pasaron muchas semanas sin que se hiciera evidente que Parangaricutiro corría serio peligro. Como se hallaba al final de la cañada que descendía desde las lomas a cuyo pie brotase el volcán hasta el fértil valle de Cariosto, era natural que ese río de piedra ardiente, al buscar un curso de acuerdo con el más bajo nivel, nos pasara por encima.

Pude notar que otros vecinos del pueblo se sentían sobrecogidos por ese mismo temor. Y estoy seguro de que muchos de ellos oraban en el templo pidiéndole al Cristo milagroso que hiciera

el prodigio de apagar aquel infierno, o por lo menos, desviase la lava en otra dirección. Así que no me sorprendí cuando unos ingenieros del Gobierno vinieron a recomendarnos que hiciéramos labor de convencimiento entre los vecinos de que iba a ser necesario abandonar la población.

Yo lo hice de buena fe. Aunque no podía explicar a dónde debía retirarse nuestra gente. Edificar las casas en el cercano ranchito de Angahua, como era la idea de muchos encariñados con el terruño, parecía impráctico. La riqueza agrícola de la comarca estaba siendo perjudicada por la persistente lluvia de ceniza y arena del volcán, y si bien Angahua estaba un poquito más lejos y sobre un altozano, si aquello seguía al mismo ritmo y con igual intensidad, la lava iba a llegar hasta allá sin duda.

Por fin, me comunicaron que el Gobierno Federal había resuelto ceder a los vecinos desplazados de San Juan Parangaricutiro tierras en Conejos, a bastantes kilómetros de allí, así como ayudarlos con el traslado de sus propiedades y a edificar sus nuevos hogares. Y las cosas cambiaron. Me pareció que era lo único que se podía hacer, y lo expliqué de ese modo. Hubo unos cuantos que me entendieron. Pero la mayoría prefirió pedir consejo al señor cura; el cual, aunque hubiese deseado defender el pueblo, su sólido templo colonial y el extendido prestigio que tenía de milagrosa la imagen que en él se veneraba, no sabía cómo hacerlo y estaba confuso y titubeante.

Me valí de esta circunstancia para tratar de que me ayudara. Y convengo en que, si bien no me ayudó por una aversión instintiva a todas las disposiciones de un Gobierno que en otro tiempo hostilizó su labor, no entorpeció tanto como iban a hacerlo otros mi tarea.

Fueron tres los vecinos prominentes que decidieron iniciar la oposición al avance de la lava roja del volcán. E iban movidos por diferentes impulsos.

Me sorprendió esta disposición porque, a mi modo de ver, los volcanes son el desfogue natural de fuerzas subterráneas que ya no pueden permanecer más tiempo constreñidas y el resultado inevitable de la milenaria evolución de la Tierra desde el estado de incandescencia original, cuando fue un pedazo desprendido del Sol, al de astro muerto y frío. Pienso que nosotros, los seres vivos que habitamos el planeta, no somos más que un producto o una expresión de las condiciones térmicas por las que en determinado

momento de esa evolución va pasando el astro en el transcurso de esa dilatadísima metamorfosis. Nacimos en nuestros originarios como especie cuando se enfrió lo suficiente para que pudiéramos vivir sin abrasarnos y nos extinguiremos como tal el día que se enfríe demasiado para que podamos soportar sus bajas temperaturas. Claro que este intervalo geológico representa muchos miles de siglos. Pero el volcán es uno de los millones de respiraderos por donde la Tierra va expulsando el calor que aún conserva en sus entrañas. Y constituye, por consecuencia y en último análisis, un factor tan necesario e inevitable en el proceso de enfriamiento que nos permitió la existencia como el que más. Lo que obliga a aceptarlo como algo lógico y además ineludible.

Yo podría comparar ese proceso del planeta con el progreso de la humanidad, que es lo que le dio su condición de racional al hombre, y que consecuentemente nadie ni nada podría detener sin que perdiésemos esa condición y nos convirtiéramos en tristes irracionales.

Pero así como hay hombres que consideran que tal progreso puede y debe detenerse de acuerdo con sus intereses y deseos, también los hay que se figuran capaces de oponerse al enfriamiento fatal de la Tierra; y, con ello, al surgimiento y acomodo de un volcán nuevo y rozagante, como ese nuestro Paricutín, en vez de hacerse a un lado con su existencia accidental y acomodarse a un nuevo régimen de vida.

Por lo menos en Parangaricutiro hubo tres que me veo forzado a considerar en esa absurda categoría.

Fue uno de ellos don Samuel Trooman, el hombre rico del pueblo y su comarca, tendajonero, prestamista a interés usurario, casateniente y benefactor de mendigos a la vez que forjador de insolventes con su ambición desaforada; el otro, don Porfirio Franco, era un carnicero tradicionalista y verdugo de las costumbres modernas. Y finalmente, un tercero llamado Domingo Manzano, adulto joven, fanfarrón, testarudo y ambicioso de poder, que daba cátedra de estulticia en una banca de la plazuela del lugar y era, según dijo, muy hombre para no dejarse conducir por otro camino que los que él mismo elegía.

Cuando estos tres conspicuos personajes se opusieron tajantemente a la evacuación y abandono del pueblo, no siéndome posible convencerlos y ante el peligro de resultar atropellado por ellos si insistía en hacerles ver a los demás la razón, resolví aguardar observando su proceder.

el prodigio de apagar aquel infierno, o por lo menos, desviase la lava en otra dirección. Así que no me sorprendí cuando unos ingenieros del Gobierno vinieron a recomendarnos que hiciéramos labor de convencimiento entre los vecinos de que iba a ser necesario abandonar la población.

Yo lo hice de buena fe. Aunque no podía explicar a dónde debía retirarse nuestra gente. Edificar las casas en el cercano ranchito de Angahua, como era la idea de muchos encariñados con el terruño, parecía impráctico. La riqueza agrícola de la comarca estaba siendo perjudicada por la persistente lluvia de ceniza y arena del volcán, y si bien Angahua estaba un poquito más lejos y sobre un altozano, si aquello seguía al mismo ritmo y con igual intensidad, la lava iba a llegar hasta allá sin duda.

Por fin, me comunicaron que el Gobierno Federal había resuelto ceder a los vecinos desplazados de San Juan Parangaricutiro tierras en Conejos, a bastantes kilómetros de allí, así como ayudarlos con el traslado de sus propiedades y a edificar sus nuevos hogares. Y las cosas cambiaron. Me pareció que era lo único que se podía hacer, y lo expliqué de ese modo. Hubo unos cuantos que me entendieron. Pero la mayoría prefirió pedir consejo al señor cura; el cual, aunque hubiese deseado defender el pueblo, su sólido templo colonial y el extendido prestigio que tenía de milagrosa la imagen que en él se veneraba, no sabía cómo hacerlo y estaba confuso y titubeante.

Me valí de esta circunstancia para tratar de que me ayudara. Y convengo en que, si bien no me ayudó por una aversión instintiva a todas las disposiciones de un Gobierno que en otro tiempo hostilizó su labor, no entorpeció tanto como iban a hacerlo otros mi tarea.

Fueron tres los vecinos prominentes que decidieron iniciar la oposición al avance de la lava roja del volcán. E iban movidos por diferentes impulsos.

Me sorprendió esta disposición porque, a mi modo de ver, los volcanes son el desfogue natural de fuerzas subterráneas que ya no pueden permanecer más tiempo constreñidas y el resultado inevitable de la milenaria evolución de la Tierra desde el estado de incandescencia original, cuando fue un pedazo desprendido del Sol, al de astro muerto y frío. Pienso que nosotros, los seres vivos que habitamos el planeta, no somos más que un producto o una expresión de las condiciones térmicas por las que en determinado

momento de esa evolución va pasando el astro en el transcurso de esa dilatadísima metamorfosis. Nacimos en nuestros originarios como especie cuando se enfrió lo suficiente para que pudiéramos vivir sin abrasarnos y nos extinguiremos como tal el día que se enfríe demasiado para que podamos soportar sus bajas temperaturas. Claro que este intervalo geológico representa muchos miles de siglos. Pero el volcán es uno de los millones de respiraderos por donde la Tierra va expulsando el calor que aún conserva en sus entrañas. Y constituye, por consecuencia y en último análisis, un factor tan necesario e inevitable en el proceso de enfriamiento que nos permitió la existencia como el que más. Lo que obliga a aceptarlo como algo lógico y además ineludible.

Yo podría comparar ese proceso del planeta con el progreso de la humanidad, que es lo que le dio su condición de racional al hombre, y que consecuentemente nadie ni nada podría detener sin que perdiésemos esa condición y nos convirtiéramos en tristes irracionales.

Pero así como hay hombres que consideran que tal progreso puede y debe detenerse de acuerdo con sus intereses y deseos, también los hay que se figuran capaces de oponerse al enfriamiento fatal de la Tierra; y, con ello, al surgimiento y acomodo de un volcán nuevo y rozagante, como ese nuestro Paricutín, en vez de hacerse a un lado con su existencia accidental y acomodarse a un nuevo régimen de vida.

Por lo menos en Parangaricutiro hubo tres que me veo forzado a considerar en esa absurda categoría.

Fue uno de ellos don Samuel Trooman, el hombre rico del pueblo y su comarca, tendajonero, prestamista a interés usurario, casateniente y benefactor de mendigos a la vez que forjador de insolventes con su ambición desaforada; el otro, don Porfirio Franco, era un carnicero tradicionalista y verdugo de las costumbres modernas. Y finalmente, un tercero llamado Domingo Manzano, adulto joven, fanfarrón, testarudo y ambicioso de poder, que daba cátedra de estulticia en una banca de la plazuela del lugar y era, según dijo, muy hombre para no dejarse conducir por otro camino que los que él mismo elegía.

Cuando estos tres conspicuos personajes se opusieron tajantemente a la evacuación y abandono del pueblo, no siéndome posible convencerlos y ante el peligro de resultar atropellado por ellos si insistía en hacerles ver a los demás la razón, resolví aguardar observando su proceder.

Creo que el natural cariño a Parangaricutiro hubiera podido disculpar su obcecada disposición si sólo hubiera en ella ese afecto desinteresado y generoso. Pero estoy seguro de que no era así, y que la actitud coincidente de los tres en cuanto a defender a la población de la avalancha del volcán era promovida por sentimientos diferentes, pero todos ellos eminentemente interesados y egoístas.

Al señor Trooman, hijo de padres extranjeros, ni como cuna que fuese de su infancia le interesaba afectivamente el destino de nuestro viejo y querido pueblo. Él había sido siempre el primero en atropellar y destruir en él todo lo que obstruía sus intereses financieros, sin respeto alguno a la tradición, y su familia la primera en importar de la ciudad cuantas modas iban destruyendo la originalidad de lo nuestro. Pero don Samuel era muy rico, dueño de las mejores propiedades, industrias y fincas de Parangaricutiro, y tenía prestado en hipoteca sobre muchas otras de las que poco a poco iba despojando a los vecinos. De esa manera, la mayor parte de su fortuna parecía destinada a quedar enterrada allí, y aunque él procurara disfrazarlo con palabras rimbombantes y razones ambiguas, ese temor era el motivo real de su resistencia a abandonar el pueblo.

Conceptúo a Domingo Manzano un simple oportunista, ambicioso de poder y pescador de río revuelto. Por haber sido alguna vez comandante de la policía, tenía alma de genízaro y alardeaba de bravucón asegurando que si le apoyaban unos cuantos hombres resueltos, él podía detener el alud de piedra hirviente. Éste buscaba un prestigio que le abriese las puertas al despotismo autoritario con que soñaba.

De escasos recursos materiales y económicos, al carnicero señor Franco le ataba a Parangaricutiro lo único que tenía: la consideración por pertenecer a una de las familias más viejas del pueblo y acaso, en alguna menor medida, su devoción a la imagen milagrosa del Cristo del templo, tan fanática que ni don Pío, el sacerdote, llegaba a comprenderla. Éste se hallaba consciente de que, al perecer Parangaricutiro, perecerían sus magros blasones y quedaría tan desamparado como cualquier otro ciudadano. Y se fue a arrodillar, con su fe y su veneración inconmensurables, ante la prodigiosa imagen, arrastrando tras él a unos cuantos vecinos de su vitola y comprometiéndose solemnemente a defenderla a ella y a su iglesia de aquel "eructo del Infierno", como él llamaba al joven Paricutín, que lo observaba todo indiferente desde la cumbre de su ya altiva montaña.

Por su parte, el señor cura, hombre prudente y calculador y no tan crédulo como ese exaltado sector de su feligresía, no encontró más camino que tolerar la cruzada y permitir que el Cristo permaneciese allí mientras el peligro no se presentaba más inminente. Pero, tal vez por temor a que la impotencia de la sagrada imagen para detener aquel alud de magmas humeantes fuese a minar los prestigios de su ministerio, se cuidó de asumir en la empresa el liderato.

Lo más irrazonable de esa tozuda resistencia a abandonar Parangaricutiro a merced de las fuerzas incontrastables de la naturaleza estuvo en que, si hasta entonces había sido un pueblo relativamente rico que le permitió sentirse un Creso a don Samuel, importante a Franco y emprendedor a Domingo, desde que el volcán empezó a arrojar lava, arena y ceniza y se tragó el agua de los arroyos que irrigaban el valle, la agricultura próspera que lo sostuvo murió por consunción e inevitablemente. Y por eso mismo, aunque aquellos tres héroes trasnochados consiguieran salvar el caserío, Parangaricutiro jamás volvería a recobrar la vitalidad pretérita y antes estaba inexorablemente condenado a morir económicamente estrangulado por la degradación progresiva de los campos que le rodeaban.

Pero como quiera que los tres intereses que se habían confabulado para defenderlo, el económico, el tradicionalista y el atrabiliario, eran demasiado intransigentes y poderosos para desafiar sus iras, yo me cuidé bien de exponer al público estas consideraciones. Y sin duda ellos estaban demasiado absortos en su empresa para reparar en semejantes nimiedades.

Al principio, cada uno de esos adalides procedió por cuenta propia y hasta un poco celoso de la competencia de los demás.

Don Samuel formó su propia tropa, valiéndose más de dinero que de argumentos líricos, con lo que sobra decir que era la más numerosa, si bien la menos sincera y consistente en su entusiasmo. Inmediatamente la organizó para que protegiese, antes que nada, lo más vulnerable de sus bienes raíces y un tanto desentendida de las propiedades de los demás.

Franco, rodeado de su grupo de fanáticos, procedió a organizar ceremonias religiosas donde se invocaba el favor de la imagen venerada, de la que se esperaba que con su milagroso poder detuviese las furias del Infierno que emergían por la boca del volcán. Y entre procesiones y ruegos, organizó temibles alharacas

en las que se desdeñaba la palabrería profana de don Samuel y se iba perfilando una tendencia inquisitorial destinada a arrojar de allí y a apalear a los blasfemos que pusieran en duda con su escepticismo la bondad intrínseca de sus métodos.

Y por último, despreciando a los dos, pero dando aliento a las huestes de Franco, que en su calidad de oportunista pensaba utilizar como mano de obra suplementaria en su descomedida empresa por más baratas y manejables, se lanzó a la palestra Domingo Manzano, seguido de unos cuantos matones y despechados, sobrevivientes de un grupo de un tal Adolfo que en el rancho de Paricutín había intentado inútilmente detener los ríos de lava del volcán semanas antes.

Don Samuel había calificado de necios e ilusos a esos obstinados; pero entonces los necesitaba. Y como no era hombre para habérsela con rufianes ni con fanáticos, trató de solucionar esa falta de cohesión echando mano de su supremo recurso: el dinero. Con lo cual pudo comprar, salvo algunas reticencias de mando, el apoyo y la cooperación de la grey de Manzano, y sin darle mucha importancia a la mística estéril de Franco.

Ya de acuerdo, se dispusieron a trazar el plan de defensa práctica para enfrentar racionalmente el avance de la lava roja y detenerla, plan al que se le dio el nombre, por haber sido éste determinante en él, de "plan Trooman".

Es lógico que cuando uno se apresta a organizar una defensa, lo primero a analizar es la clase de enemigo con el que se propone contender. Y así lo hicieron, por lo menos parcialmente, ellos.

El enemigo mediato era, sin duda alguna, el volcán. Pero estaba demasiado fuera del alcance de sus precarios recursos para atacarle en su origen. El poder de ese enemigo residía en los materiales hirvientes que tenía dentro del cráter y que eran superiores a todo control humano. De modo que sólo les quedaba a los tres bravos defensores de lo indefendible enfrentarse a las consecuencias ruinosas de esa ebullición, tratando de detener la lava hirviente que arrojaba a medida que ella se fuera acercando y amenazando destruir sus lares queridos.

No se hubiera podido negar que resultaba labor de titanes tener que enfrentar las consecuencias del mal sin que hubiera modo alguno de atacarlo en su origen. Pero la obcecación no repara en esos nimios detalles.

Es cierto que en la primera asamblea que se realizó para trazar

el plan defensivo, no faltó un exaltado que propusiera usar grandes cargas de dinamita o de trinitrotolueno para arrojarlas en el cráter y acabar con el volcán. Pero pronto cayeron en cuenta de que ese recurso era propio de un lunático abocado a una mayor destrucción, pues lejos de aventajar nada con él, conduciría a hacer más grande la boca, más amplios y destructores los derrames y más peligrosas y nocivas las materias derramables. Y hubo que desechar por disparatado ese proceder, que habría podido acabar no sólo con el pueblo, sino con toda la comarca y aun con ellos mismos.

Para darle más cuerpo a la conclusión de que no debía pensarse en sofocar la erupción del volcán, sino en poner coto a sus consecuencias catastróficas, estaban en plena discusión del caso cuando llegaron noticias de que en los faldeos del cerro del Paricutín había brotado otro pequeño volcancito por el que comenzaban a salir nuevas avalanchas de lava. Y esto los llevó a pensar si no sería volcánica toda la zona, y en el caso no remoto de que, mientras ellos estaban defendiendo al pueblo de la invasión de la lava, fuera a surgir otro volcán bajo sus pies o a sus espaldas, eventualidad en la cual la cosa no hubiera tenido ya remedio.

Frente a esa desdichada posibilidad decidieron atenerse a los rezos de la facción franquista y la ayuda de la divinidad que éstos podían aportarles. Y supuesto que no querían ceder y buscarse un acomodo en otra parte como los más cuerdos lo habían hecho ya, resolvieron tomar como enemigo único el alud de magmas expulsado por la boca original del volcán que se les estaba viniendo encima, y detenerle o desviarle a como diera lugar.

Así, la lógica resolución práctica que se tomó, fue la de edificar violentamente una gruesa barda de piedra con unos tres metros de espesor por ocho de altura, la cual protegería desde el sur y a todo lo ancho, la parte más amenazada del caserío de Parangaricutiro.

Y siendo don Samuel el único económicamente capacitado para retribuir a los peones que iban a trabajar en ella, tuvo que aportar los fondos; si bien en calidad de empréstito a la comunidad, que se lo reintegraría con sus respectivos intereses, una vez salvada la población y en el más breve plazo que fuera factible.

Se pusieron, pues, manos a la obra.

Sólo que al trazar la zanja en donde se asentarían los cimientos de aquella estructura colosal, sobrevino la primera discordia.

Puesto que su carácter de contribuyente mayor le otorgaba de-

rechos de privilegio en los puntos a resolver, don Samuel se obstinaba, contra la opinión de la mayoría, en que aquella defensa debía trazarse en las afueras del pueblo, demasiado cerca del frontal del río de lava que venía avanzando, para que quedasen protegidas dentro de ella una casa y una huerta que por allí poseía. Y esto fue motivo de agrias disputas en las que se perdieron horas preciosas y las cuales terminaron con una mala transacción, accediendo el señor Trooman a que se sacrificaran aquellas propiedades, pero consiguiendo a cambio que se salvasen otras cinco casas suyas prolongando la barda más de lo razonable y evitando en ello que se aprovechase, para hacerla más efectiva, la ayuda de una prominencia orográfica que ya no se pudo utilizar.

Calculo que, al abrirse la zanja, la descubierta de la columna de lava avanzaba con una altura de unos cinco metros y una anchura de casi trescientos a un medio kilómetro del lugar en donde se había resuelto interceptarla.

Su velocidad no era fácil de establecer. Pues, a todo lo ancho, el avance de esa lava petrificada que por detrás empujaba la incandescente, era muy irregular; y unas veces caminaba más despacio y otras más aprisa, de acuerdo con la actividad del volcán y los obstáculos que se interponían a su avance. Pero puede suponerse que la media fuera de unos seis metros por cada veinticuatro horas. Y de esta suerte los defensores de Parangaricutiro disponían de unos tres meses para llevar a buen fin su propósito.

La actividad fue entusiasta y febril al principio. Hasta los propios líderes de cada grupo ponían la muestra metiendo en la obra la mano. Y en seguida se hizo notar la intromisión de un tal Darío, corresponsal de algunos periódicos de la ciudad, que corría de un lado a otro animando con epítetos de "héroe" y "luchador épico" que se sentían insinceros y destinados a halagar al señor Trooman, de cuyas dádivas vivía, a los pobres vecinos que echaban los bofes llevando y trayendo materiales de construcción para la obra.

Poco a poco, día con día, la robusta y bien sentada pared de piedras, ladrillos, tepalcates y vigas iba creciendo y elevándose. Y su robustez incitaba a creer que esos campeones de la obstinación lograrían hacer de ella algo tan sólido y firme y tan interesante para los arqueólogos de la posteridad como las pirámides de Teotihuacán que edificaron nuestros antepasados.

Ya que el material se acabó pronto, no obstante haberse echado

mano de las cercas de los potreros de todo el valle y de cuanta piedra y peñasco apareció por las inmediaciones, los dirigentes hubieron de reunirse y deliberar. Y dado que la actividad día y noche del volcán no concedía respiro, se acordó por aclamación usar la piedra y los adobes de las bardas de los corrales del pueblo, la del brocal de los pozos y aun las de las paredes y cimientos de las casas abandonadas por aquellos que habían huido del lugar sin contribuir a su salvación.

Mas tampoco ese material fue suficiente para darle cima a la empresa.

Y vinieron nuevas asambleas, y en ellas acres y pesadas disputas sobre cuáles de las casas de los allí congregados habían de ser las primeras en desmantelarse, acordándose que se comenzaría por los edificios públicos, el encementado de la plazuela y sus bancas, la piedra rodada del empedrado de las calles y los postes y arbotantes de la luz. Y de este modo vieron su fin la casa del Ayuntamiento, la Cárcel Pública, mi escuela y otras construcciones mucho antes de que la lava llegara para acabar con ellas.

Con todo esto, ya la pared se encontraba muy cerca de llegar a un buen término. Y contemplando sus casi colosales proporciones, pienso que hasta el propio volcán debió sentirse cohibido por la magnitud del desafío que le presentaba la obstinación humana.

Con ello y algunas carretadas y camiones de piedra que enviaron como prueba de solidaridad y contribución otros poblados del rumbo, la pared pudo darse por lista cuando apenas la corriente de lavas empezaba a penetrar en las afueras. Era una gran obra de casi un kilómetro de longitud y que le doblaba la altura al alud de piedra hervida. Y sobre ella se colocó una cruz de palo implicando que con la ayuda de Dios resistiría su empuje.

Mientras las avanzadas del magma enemigo llegaban para lanzarse al asalto y ponerla a prueba, los constructores, fatigados de la agobiante brega, decidieron descansar unos días.

Y éstos sirvieron para poner de relieve la casi olvidada personalidad del fanático carnicero Franco, quien congregó al pueblo para incitarlo a apoyar esa barda material reforzándola con una muralla de rogativas a la Santísima Virgen y al Cristo milagroso.

Yo entré entonces en la población, y debo confesar que me sentí sobrecogido tanto por el fervor de las preces como por las colosales proporciones de la obra. Y también, ¡para qué ocultarlo ahora!, por lo poco práctico de aquel tremendo esfuerzo, dado

el lastimoso estado en que quedase, despojado de lo mejor que había tenido, mi pobre pueblo de Parangaricutiro.

Luego de ese paréntesis de descanso y fervor religioso, la gente se ocupó de acumular una reserva de materiales a fin de tenerlos a mano en cualquier contingencia en que se presentara la necesidad de reforzar la barda.

Ya olía a azufre quemado en todo el pueblo. Y cuando el viento del sur soplaba hacia él, el humo que flotaba en la superficie de aquel océano de piedra calcinada pasaba sobre la valla protectora y envolvía las casas oscureciendo el ambiente y dando desde la distancia la impresión de que estaba en llamas todo el caserío. Y la densa lluvia de arenas negras que tenía que lavarse de sobre los tejados y azoteas para que no los derribase con su peso, iba cubriendo bajo una gruesa capa toda la vegetación herbácea y los arbustos del antes fértil valle y transformándolo en un desierto lodoso y negro. Las fuentes cercanas se habían secado, lo mismo que el arroyo y los pozos artesianos. Y sólo el cotidiano lloviznar de aquellas tardes de verano refrescaba un poco la pesada sofocación del ambiente.

Pero ninguno entre aquellos obstinados defensores parecía darse cuenta de ello, orgullosos como estaban de la obra realizada.

Por fin, una noche más oscura que las demás, el Paricutín debió sentirse dispéptico, pues sus rugidos aumentaron notoriamente y de su boca empezaron a salir grandes peñascos en estado de incandescencia, que luego de un desesperado intento de alcanzar el cielo, rodaban por las laderas del cerro contorneando de luz sus perfiles romos como si todo él se estuviera incendiando. Después de cada uno de estos accesos de furia indigesta se podían escuchar unos jadeos fatigosos, cada vez más prolongados. Y chorros de magma al rojo vivo trazaban grandes venas de fuego desde la cumbre hasta sus faldeos y se precipitaban sobre el valle.

No mucho tiempo después, al estímulo de esas presiones, comenzó a hacerse más frecuente y distinto el estrépito de los derrumbes en el frontón de lavas apagadas que avanzaban sobre Parangaricutiro. Y cuando al fin aclaró la aurora, advertimos, sobrecogidos, que el alud había alcanzado ya la barda a casi todo su ancho y empezaba a acumularse contra ella.

La gente se retiró medrosa de junto a la pared, porque temía que cediese al inminente empuje y porque la densidad del calor, los gases y los humos empezaba a volverse insoportable.

Después se sacó el milagroso Cristo a la calle. Y bajo aquel cielo que llovía arenas negras volviendo oscuro el día, se arrodillaron mujeres y hombres, orando.

Había llegado el momento supremo para Parangaricutiro y no tardaría en decidirse su destino. La pared resistió bizarra el primer embate. Parecía tan sólida que todos, hasta los que como yo se mostraban escépticos, encontraron ánimos para acercársele.

El calor y el humo, con su hedor a azufre, volvía irrespirable la atmósfera. Pero la lava se vio contenida, y parecía confusa sin saber qué hacer ni acabar de desviarse. La presión de la que por atrás llegaba hirviendo, sólo conseguía hinchar la correntada y reventar su superficie en olas y crujidos que por momentos la volvían trepidante.

Incapaz de soportar por mucho tiempo el calor y los gases, la gente retrocedió hacia el centro de la población. Y se turnaba para subir a la torre del templo, a presenciar desde más alto el fenómeno y reírse desde allí, con un regocijo vacilante e histérico, de la temporal impotencia del gran glaciar calcinante contra el aguante del paredón.

Con el transcurso de las horas, al verse aprisionado contra aquella barrera y constreñido desde atrás por los formidables ríos de magma que vomitaba el volcán, el alud comenzó a hincharse amenazador. Pero antes de que llegara a rebasar la altura de la barda, buscó y encontró salida por el extremo derecho de la misma, siguiendo una hondonada que le permitía desahogarse hacia el valle, dejando a un lado el pueblo de Parangaricutiro con su pared salvadora.

El júbilo que este feliz desenlace había despertado entre las huestes de Trooman, Franco y Manzano, no pudo ser celebrado por mucho tiempo. Pues muy pronto se notó que, si bien la mitad izquierda del ardiente río se había salido de su cauce al hallar ese desvío, la otra mitad, a la que por desgracia concurría la gran cantidad de desecho que estaba arrojando la nueva boca del volcán, persistía represándose contra el tramo izquierdo de la valla, sin decidirse a seguir la nueva dirección e hinchándose monstruosamente. Esto apuntaba hacia dos posibilidades igualmente dramáticas: que a la postre consiguiera rebasar o reventar la pared y precipitarse sobre el caserío, o que abriera un nuevo curso ciñendo por su orilla izquierda al pueblo y encerrándolo, con la bifurcación temporal, entre dos calcinantes corrientes de piedra ígnea.

el lastimoso estado en que quedase, despojado de lo mejor que había tenido, mi pobre pueblo de Parangaricutiro.

Luego de ese paréntesis de descanso y fervor religioso, la gente se ocupó de acumular una reserva de materiales a fin de tenerlos a mano en cualquier contingencia en que se presentara la necesidad de reforzar la barda.

Ya olía a azufre quemado en todo el pueblo. Y cuando el viento del sur soplaba hacia él, el humo que flotaba en la superficie de aquel océano de piedra calcinada pasaba sobre la valla protectora y envolvía las casas oscureciendo el ambiente y dando desde la distancia la impresión de que estaba en llamas todo el caserío. Y la densa lluvia de arenas negras que tenía que lavarse de sobre los tejados y azoteas para que no los derribase con su peso, iba cubriendo bajo una gruesa capa toda la vegetación herbácea y los arbustos del antes fértil valle y transformándolo en un desierto lodoso y negro. Las fuentes cercanas se habían secado, lo mismo que el arroyo y los pozos artesianos. Y sólo el cotidiano lloviznar de aquellas tardes de verano refrescaba un poco la pesada sofocación del ambiente.

Pero ninguno entre aquellos obstinados defensores parecía darse cuenta de ello, orgullosos como estaban de la obra realizada.

Por fin, una noche más oscura que las demás, el Paricutín debió sentirse dispéptico, pues sus rugidos aumentaron notoriamente y de su boca empezaron a salir grandes peñascos en estado de incandescencia, que luego de un desesperado intento de alcanzar el cielo, rodaban por las laderas del cerro contorneando de luz sus perfiles romos como si todo él se estuviera incendiando. Después de cada uno de estos accesos de furia indigesta se podían escuchar unos jadeos fatigosos, cada vez más prolongados. Y chorros de magma al rojo vivo trazaban grandes venas de fuego desde la cumbre hasta sus faldeos y se precipitaban sobre el valle.

No mucho tiempo después, al estímulo de esas presiones, comenzó a hacerse más frecuente y distinto el estrépito de los derrumbes en el frontón de lavas apagadas que avanzaban sobre Parangaricutiro. Y cuando al fin aclaró la aurora, advertimos, sobrecogidos, que el alud había alcanzado ya la barda a casi todo su ancho y empezaba a acumularse contra ella.

La gente se retiró medrosa de junto a la pared, porque temía que cediese al inminente empuje y porque la densidad del calor, los gases y los humos empezaba a volverse insoportable.

Después se sacó el milagroso Cristo a la calle. Y bajo aquel cielo que llovía arenas negras volviendo oscuro el día, se arrodillaron mujeres y hombres, orando.

Había llegado el momento supremo para Parangaricutiro y no tardaría en decidirse su destino. La pared resistió bizarra el primer embate. Parecía tan sólida que todos, hasta los que como yo se mostraban escépticos, encontraron ánimos para acercársele.

El calor y el humo, con su hedor a azufre, volvía irrespirable la atmósfera. Pero la lava se vio contenida, y parecía confusa sin saber qué hacer ni acabar de desviarse. La presión de la que por atrás llegaba hirviendo, sólo conseguía hinchar la correntada y reventar su superficie en olas y crujidos que por momentos la volvían trepidante.

Incapaz de soportar por mucho tiempo el calor y los gases, la gente retrocedió hacia el centro de la población. Y se turnaba para subir a la torre del templo, a presenciar desde más alto el fenómeno y reírse desde allí, con un regocijo vacilante e histérico, de la temporal impotencia del gran glaciar calcinante contra el aguante del paredón.

Con el transcurso de las horas, al verse aprisionado contra aquella barrera y constreñido desde atrás por los formidables ríos de magma que vomitaba el volcán, el alud comenzó a hincharse amenazador. Pero antes de que llegara a rebasar la altura de la barda, buscó y encontró salida por el extremo derecho de la misma, siguiendo una hondonada que le permitía desahogarse hacia el valle, dejando a un lado el pueblo de Parangaricutiro con su pared salvadora.

El júbilo que este feliz desenlace había despertado entre las huestes de Trooman, Franco y Manzano, no pudo ser celebrado por mucho tiempo. Pues muy pronto se notó que, si bien la mitad izquierda del ardiente río se había salido de su cauce al hallar ese desvío, la otra mitad, a la que por desgracia concurría la gran cantidad de desecho que estaba arrojando la nueva boca del volcán, persistía represándose contra el tramo izquierdo de la valla, sin decidirse a seguir la nueva dirección e hinchándose monstruosamente. Esto apuntaba hacia dos posibilidades igualmente dramáticas: que a la postre consiguiera rebasar o reventar la pared y precipitarse sobre el caserío, o que abriera un nuevo curso ciñendo por su orilla izquierda al pueblo y encerrándolo, con la bifurcación temporal, entre dos calcinantes corrientes de piedra ígnea.

cubierto de escombros, cenizas y arena negra, el suelo sobre el que se construyeron sus edificios y calles, y en mitad de él, el viejo templo que nadie se atrevió a desmantelar, pero de cuyo interior el cura se había llevado en una de aquellas noches angustiosas, sin que nadie lo advirtiera, la milagrosa imagen del Cristo. Tal vez temió que el ya evidente fracaso de los planes que ella debió haber apadrinado erosionara su prestigio e hiciese que la ira de los fracasados la profanara; o creía sacarle mejor provecho a su fama de hacer portentos en algún otro lugar donde la vida prometiese ser más amable y rica que en lo que de nuestro desventurado pueblo subsistía.

La lava pareció dominada por un tiempo y con tendencia a desbordarse por el mismo cauce que días antes encontrara la mitad occidental de su curso.

Pero nadie sentía ya entusiasmo por aquel triunfo pírrico. Todos cuantos permanecían en la población andaban derrengados, con la boca abierta, el pecho jadeante y la cabeza queriendo explotar, abrumados por el calor, el hedor, los humos y las arenas y por la absoluta inutilidad de un esfuerzo tan ardoroso.

Nadie, tampoco, se atrevía ya a hablar ni a protestar contra el destino, pues veían como inevitable lo que ayer consideraron factible de enmienda.

Todos los que no cupieron en el interior de la iglesia, durmieron esa noche el cansancio a cielo descubierto y con su insensatez ungida por una sarcástica llovizna negra.

Al amanecer, aún se divisaba desde mi colina la gente sumida en el sueño e indiferente a la resistencia de la imponente muralla, a cuyo otro lado se inflaba, humeaba y crujía la lava. Sólo yo y mis convecinos, que tantas veces lo habíamos visto, podíamos concebir que en ese desamparado dormitorio se levantaba poco antes el pueblo de Parangaricutiro.

Luego de volverme unos instantes hacia el volcán, para burlarme de él con la consideración de que unos cuantos frágiles hombres obstinados habían logrado acabar con la población antes de que lo hiciera él con toda su rugiente y colosal fuerza, tomé mis cosas y emprendí el camino de Conejos.

Ya iban por él en silenciosa caravana otros grupos de vecinos que, como yo, habían permanecido por las inmediaciones alentando una esperanza de que aquella tropa de obcecados lograra salvar lo que fue escenario de nuestros recuerdos.

El Paricutín se estaba volviendo benevolente en el triunfo. Y la última vez que al doblar un recodo lo distinguí, parecía calmado y satisfecho con la lección que nos diera de que eso de oponerse a los designios de la naturaleza es tan inútil como intentar detener el progreso de la humanidad hacia sociedades mejores. A lo más, podía haber un algo de ironía en el denso penacho de humo blanco que agitaba en el azul matinal del firmamento.

Tras de nosotros llegaron a Conejos todos los que dormían en Parangaricutiro. Y ya estaban allí, desde antes de mi llegada, el periodista Darío, que entonces hacía mofa y escarnio de la necedad de aquellos a los que días antes llamara esforzados y sublimes y el sacerdote guardián de la prodigiosa imagen de Nuestro Señor, pidiendo limosna a aquella caravana de pordioseros para edificarle un nuevo templo.

Del que tuvo en San Juan Parangaricutiro sólo quedó la torre, emergiendo de ese mar de piedra que al cabo consiguió derribar el paredón e invadir lo que fuera asiento de su caserío. Es en ella donde consta un incompleto testimonio de la veracidad de esta historia.

Ya aquí, don Porfirio Franco conserva la libertad de darse golpes de pecho ante la milagrosa imagen del Cristo, con sólo un poco deteriorado su prestigio de persona importante. El fanfarrón Manzano ha encontrado en una banca de la nueva plazuela un púlpito donde se sienta a dar cátedra de estulticia rememorando sus hazañas durante la "salvación" de Parangaricutiro. Y sólo don Samuel Trooman parece haber salido perdiendo, pues ya no es aquel ricacho de ayer y ahora tiene que ponerse a tono con los demás trabajando duro para arrancarle a la tierra su sustento.

Debiera, sin embargo, consolarle la certidumbre de que, después de todo, ello es más justo, más equitativo y por ende más humano.